

Rafa el predicador
HOMBRE RASGADO CON VISTA AL MAR

ANA LUCÍA RAMÍREZ
teatromexicano1@gmail.com

A Leonardo, quien algún día vendrá por mí
sonriendo en su barca
... espero no sea pronto.

Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron.

Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía.

Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande la calma.

Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hombre es éste, que aún los vientos y el mar le obedecen?

Mi nombre es Rafael. Y soy un hombre de fe. De mucha fe.

Hasta ahora no he podido mover el lago de Chapala, ni el Popocatepetl.

Pero sí he convertido mujeres de moral dudosa en amas de casa.

Como a mi mujer.

¿Como qué?

Nada, Borreguita. Nada.

...

El día en que nos casamos, ella dijo:

"En la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la miseria. Hasta que la muerte nos separe."

Y me la ha cumplido el Cachetón.

Vendo Biblias, mi Cielo.

Biblias, Biblias. ¡Deja de andar de huevón y mantenme!

Yo me gané la vida vendiendo Biblias. Biblias de bolsillo.

Biblias de bolsillo que compro al mayoreo.

Esas monjas culeras solo te roban. Mira que ensartarte un paquete de cien, por dos mil bolas.

Yo Tengo fe, Borreguita.

Sí, Tanta fe como deudas que pagar.

Cada mañana, después de mi reglamentaria cagada de una hora, gritaba:

¡Ora sí, ora sí es el día!

El día en que me azotaron la puerta en la jeta.

El día en que unos maricones me agarraron a golpes para vaciarme los bolsillos.

El día en que a un perro joto se le quitó lo joto, me mordió y se tragó todo el antiguo testamento.

Y así, durante dos meses me había llenado de esos días, esperando a que aquel gran negocio despegara.

Pero nada. Nada de nada.

“El Señor tiene trazados los caminos de sus hombres”, le decía a mi esposa,

Por aquellos días apenas me sabía una que otra frasecita religiosa para impactar al cliente.

Nadie va al padre si no es por el hijo, y nadie viene al hijo si no es por el padre.

“Y nadie nos va a mantener, si sigues de huevón”, contestaba mi Borrega.

Pero en verdad les digo que el Señor tiene trazados los caminos de TODOS sus hombres.

*

Hace años, mi madre, muy aritmética, me dijo:

“Te meto al sindicato, te quedas con cuatro horas más y le chingamos otras tres a tu padrino y ya son siete”.

Pero yo tenía en aquel entonces, pegado como chicle al cerebelo, la idea de ser actor.

No, madre, no quiero ser maestro. Quiero ser actor.

¿Actor?

Sí. Quiero salir en Televisa y hacer muchas novelas.

Es que... es que... ¿Mírate? No está bien que yo sea quien te lo diga, pero estás muy culerito, mijo.

Eso no importa má, lo que importa es el talento.

¿El talento?

Sí, el talento.

Ahí te lo halla. Yo ya dije, te doy mis cuatro horas y en diez años cuando me jubile te quedas con las demás.

Pues, si en diez años no he encontrado trabajo, te tomo la palabra.

Pasaron los diez años y entonces fui a buscarla a su casa.

Mamá, vengo por mi plaza de maestro.

¿Tu plaza? -Respondió titubeando-.

Sí, mi plaza.

¿Qué plaza?

Mi plaza.

¿Cuál plaza?

¡La plaza, mamá!

¡Ah, la plaza!

Sí.

Esa plaza.

¿De qué otra plaza estaría hablando?

De otra plaza. Yo qué voy a saber.

No. Mi plaza, la que me ofreciste.

¿Yo?

Sí, tú.

¿Cuándo?

¡Ah, qué la chingada!

¡Ah ya, la plaza que le di a tu primo!

¿A mi primo?

Bueno, no es tu primo, pero como si lo fuera.

¿Quién?

El Marra

¿Al Marra?

Sí.

¿Le diste mis horas al Marra?

Sí.

¿Qué no lo odiabas?

Me pagó.

¿...?

Las horas. Me pagó las horas. ¡Qué? ¿Pensabas que eran gratis?

Entonces sentí vinagre entrando en mi garganta y exclamé:

¡Mató a la abuela!

¿Quién eres tú para juzgar a tu prójimo? -dijo mi madre- tu pobre primo ya pagó su deuda con la sociedad.

¿Su deuda? Si estuvo dos meses en el puto bote fue por sacarse la reata frente a una secundaria, no por matar a mi abue.

De todas formas ya pagó... y bueno, ya no va a tener que sacársela frente a la secundaria. Ahora podrá hacerlo frente al salón de clases y protegido por el sindicato.

Pero...

Rafael, deja de chillar. Eres un malagradecido, deberías darle gracias a Dios que las horas de tu Santa Madre quedaron en familia y no en manos de cualquier hijo de líder sindical.

Y así fue como el mundo se me volteó de cabeza.

Sentirme una mierda era lo normal después de gastar diez años de mi vida tratando de entrarle a la artisteada y después de perder la única oportunidad de tener un trabajo con prestaciones, seguro social y muchos, pero muchos días libres. Era lo normal...

*

Pero el Hoy es distinto.

Hoy mi Norte y mi Sur apuntan pa'l mismo lado que para el resto de nuestra especie.

Porque tengo las Biblias, las Biblias de bolsillo,

las Biblias de bolsillo que me han devuelto la esperanza.

Cuando las ilusiones se convierten en fracasos tenemos la obligación moral de inventarnos otras.

Yo tenía una esposa, dos perros y un cotorro que mantener. Y mi mayor sueño en la vida, después de que no pegó lo de la actuación, era comprarme una casa en la playa.

¿Una casa en la playa?

Sí, una casa en la playa.

¿Para qué quieres una casa en la playa si no tenemos ni para tragar?

Mujer de poca fe, convéncete que nosotros envejeceremos junto al mar.

¿Por qué me casé con este imbécil? -decía la borrega mientras fregaba la taza del baño-, ¿por qué?

¿Te imaginas envejecer en una casota en Costa Esmeralda? Con su palapa a la orilla del mar, tú y yo como pasitas sentados en nuestras mecedoras, contemplando los árboles con sus manzanas rojas, rojas.

En las playas no hay árboles, imbécil. Hay palmeras.

Pues los sembramos, eso no es inconveniente.

No, si enumerar querer no es inconveniente, aquí el inconveniente es que nos está llevando la chingada.

Esto es temporal, Borre, ahora con las Biblias y la ayuda de Dios, te juro por Ésta, que tendremos una casota en la playa. Podríamos tener dos o tres, pero yo sólo sueño con una,

una que huelga a ti, a betabel. Con muchas ventanas, como te gusta, cinco o seis hamacas de colores y unos niños regordetes ensuciando los muebles con sus dedos de arena.

¿De dónde sacas tanta mariconada? Eres un mediocre, Rafael, y los mediocres no tienen casas en la playa. Hijos sí pueden tener, pero casas en la playa no. Y yo no quiero hijos con un muerto de hambre como tú.

Confía en mí. No digo que tendremos la casa hoy, ni mañana, pero en un par de años... Tú confía.

¿Confiarle mi vida a un vendedor de Biblias que hace un par de semanas creía que por pararse cinco horas en la plaza con disfraz de Superman ya era actor? ¿Y ahora qué? ¿Ahora piensas que por traer repleta la mochila de esas baratijas ya eres todo un empresario?

No seas injusta.

¿Injusta? Injusto Dios que me obliga a vivir a tu lado.

Yo estaba a punto de rogarle que se callara, de decirle que si tanto le molestaba vivir conmigo podía cruzar la puerta, tomar un burro, una limusina o una bicicleta y largarse, pero no lo dije.

Así que yo no sé qué vas a hacer Rafael Arturo, si buscas otro trabajo o no sé cómo haces para que mejore el que tienes pero...

¡Tengo sueños! -irrupí con el coraje propio de quien contiene una batalla- ¡Tengo sueños!... -repetí con garra-...

¡Ja! Sueños ¿sueños?, ya estoy hasta la madre de tus putos sueños. Mírame, mírate, 33 años y no tenemos nada, nada propio, nada nuestro, de ambos.

Nuevamente no supe qué decir. Me chingó. Ni pedo.

Era verdad. No teníamos nada, sólo dos perros que le heredó su exnovio a la Clara antes de morir, un cotorro que sepa la madre cómo llegó, una casita de Infonavit rentada, y párale de contar.

“Seis años de casados y nada propio. Nada nuestro. Nada de ambos.”

Pero yo tenía la certeza de que todo cambiaría, así que sonreí.

¡¿Y entonces?! -gritó Clara-

...

¡Rafael Arturo! ¿Entonces?

...

Di algo, no te quedes como estúpido.

...

Pero yo, ya estaba en otro sitio. Un lugar lejano. Lejano a Clara. Y mientras más sonreía, los labios se me iban llenando de sal de mar. De sal de mar ¡Ay, mi casota en la playa!

Clara me miró y no pudo evitar que una lágrima se deslizara por su mejilla. Me amaba, se veía que me amaba.

Pero el amor no es suficiente. No cuando traes tres pesos en la bolsa. Y así, con la garganta retorcida, me dijo:

Escucha huevón de mierda, te doy una semana para que consigas un trabajo real, una semana.

Es...

Una semana o a la chingada. Pero...

Ya dije, a la chingada.

Sexta noche.

Después de mi recorrido habitual en busca de algún comprador, cansado de andar de cuadra en cuadra y de puerta en puerta, me dirigí a la tienda religiosa a devolver, de *perdis*, los 150 ejemplares que traía en el lomo.

Sólo faltaban 24 horas para que mi *Borre* me echara a la calle, y si eso pasaba, entonces sí, estaría en el hoyo.

“Es un buen negocio hijo”, me habían dicho las eclesiásticas embaucadoras.

“Es un buen negocio. En un mes ya andarás jalando mínimo, mínimo, una pluma montBlanc bien chingona, de tinta y punta de oro, con su plumin que brilla en la oscuridad, grabada a mano, de lujo.

Y puro choro.

De pluma sólo adquiri el cuerpo: gigante,
flacucho
y escurridizo.

Entré en la tienda de artículos religiosos sin imaginar que aquellas

monjas me mandarían muy lejos.

Madre, me da mucha pena. Vengo a devolverle su mercancía. No traigo toda, pero mañana mismo le mando la que falta, y quiero de vuelta mi dinero...

Lo siento, no se aceptan devoluciones.

...

Políticas de la empresa.

Al ver que la mendiga no se compadecería de mí y sintiendo el tiempo encima, me eché a llorar. Quién quita y funcionaba.

Sor, ¿usted se ha puesto a pensar qué se siente ser un vendedor de Biblias que no vende? Pararte todas las mañanas e ir de puerta en puerta con tu sonrisota ofreciendo Biblias de bolsillo, con la fe puesta en que vas a vender algo, y a cambio recibes una patada en los huevos...

Sor Eduviges con toda la dulzura con la que una madre le habla a un hijo, contestó:

Hijo, no seas pendejo, la cosa es muy sencilla.

...

Esto es un negocio, ¿no?

Ajá.

¿Y qué se hace en un negocio?

Vender.

Correcto. Y en este caso, ¿qué vendemos?

Biblias.

¡Ahí está!

¿Qué?

Tu problema.

¿Dónde?

¡Aquí! -dijo tomando una Biblia entre sus dedos-

¿Ahí?

Sí, aquí.

- ...

Tú estás enfocado en vender Biblias...

Pues de eso se trata.

No, tú no debes preocuparte por vender Biblias, debes preocuparte por vender fe. Olvídate si tienes fe o no, tu fe importa una chingada, lo que importa es la fe de ellos.

...

Tú tuviste fe, ¿no es cierto?

Sí.

Y por eso compraste las Biblias.

Sí.

Ahora tu deber es hacer que otros tengan fe y te compren.

¿Cómo?

¿Qué necesitan los jodidos, los hambreados, los inadaptados y toda la mierda que se está pudriendo en el puto fondo de la sociedad? No necesitan ver su realidad, no. Necesitan creer que existe un futuro mejor y tú les vas a dar eso. Véndeles la idea de paz eterna y ya estás del otro lado.

Paz eterna, ¿eso existe?

¡Qué mierdas voy a saber si existe o no? Pero tú les vas a decir que es verdad. La verdad es tan relativa como Dios, y así funciona el negocio, ni modo. Cree en Dios, pero más en el hambre...

Quizá tenga razón esta vieja culera. Quizá sólo es cuestión de vender fe en lugar de Biblias.

“Fe en lugar de Biblias”, me decía mientras la madre proseguía con su discurso.

Piénsalo, piénsalo. No me digas nada. Ve a tu casa, llévate tus Biblias... es más, ten otras diez...

Pero no traigo un quinto.

Ten fe, incrédulo, ten fe.

...

Y de verdad te digo, no eres el primero en venir a decir que no vende ni un carajo y no serás el último en correr a darme las gracias, te lo juro.

Salí de allí, colmado de esperanza, cargando tremendo mochilón de Tupperware, repleto de Biblias. Biblias de bolsillo. Las mismas Biblias de bolsillo que hacía veinticinco minutos me cagaban el palo y que ahora me habían devuelto la felicidad.

¡A huevo, a huevo! ¡Mañana será mi día, a huevo!, me decía. ¡A huevo!

Yo no sé si sea verdad que todos tenemos trazada la ruta de nuestra vida desde el día que Dios nos aventó al mundo. No sé si es destino lo que nos mueve o las puras ganas de subsistir. En este instante, por ejemplo, no podría explicar si todos esos hombres, mujeres, putos y desviados que han llegado a mí buscando ese algo que les diera paz, fueron arrastrados por una fuerza sobrehumana o es simplemente mi necesidad lo que me hace detectarlos como antena de Megacable.

Hasta el día de hoy, llevo cientos de Biblias vendidas. Y no es cuestión de azar que esto haya ocurrido. Más bien es astucia. Maña.

Primero detecto a mi cliente, le inspiro confianza, me platica su vida, yo le platico la mia, y al cabo de media hora ya le vendi la palabra mágica: FE.

Si no son enchiladas, vender fe es todo un arte.

*

Su nombre era Guadalupe, pero le gustaba que le dijeran Lupis.

Ella estaba en la entrada de un Oxxo cuando un cholo le arrebató el monedero y partió a correr.

¡Óyeme Cabrón... hijo de la chingada...! ¡Alguien que me ayude, por favor! –gritaba-, ¡Se llevan mi monedero...! ¡Regresa cabrón de mierda...!

Lupis intentó correr tras el ratero, pero no pudo. Las piernas se le entiesaron, la cabeza le dio vueltas y en un segundo ya estaba en el suelo.

Ese día ella traía cinco mil pesos, una cadenita de oro y las fotos de su hija.

¡Alguien que me ayude! –gritaba- ¡Alguien que me ayude!

Y ahí fue cuando yo aparecí.

¿Qué pasa señorita? tranquila.

¡Mi monedero... se lo llevó! -Intentó señalar al cholo, pero a esas alturas ya ni siquiera se alcanzaba a ver.

No se preocupe, todo va a estar bien, tranquila, tranquila Dios nunca nos abandona.

Fui a comprar una botella de agua y se la di.

Tome, le hará bien.

Y mientras la mujer iba tomando el agua de a sorbitos, yo comencé a platicarle mi vida, lo mal que me había ido y todo lo que tuvo que pasar para llegar a donde estoy...

¿Y todo ha sido gracias a este librito? -preguntó la mujer.-

Sí, gracias a la Biblia. Ella es mi amiga, mi confidente. ¡Qué digo amiga o confidente, es mi oráculo! Me revela los misterios de este mundo jodido.

A ver, enséñeme...

Me dijo y coloqué el dedo de la Lupe sobre la Biblia.

Pregúntele algo...

Mmm... ¿Voy a recuperar mi dinero? -preguntó Lupe con los ojos bien apretados, con fe en que la respuesta fuera un sí.

Abrió la Biblia y leyó:

"Felices los que tienen espíritu de pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos."

Y en ese momento Lupis sintió que Dios le hablaba. Y que debía tener una de esas en su nuevo bolso.

Y rascando en las bolsas de su falda, encontró unos cuantos pesos, y me pidió una biblia

Y le vendí una.

No sin antes recordarle:

Ella es como los calzones, siempre la debes traer.

Y desde entonces la Biblia ha estado conmigo, mucho más que mis calzones.

Lupis es mi mejor clienta, se ha encargado de que la biblia llegue a otros.

Por eso le compró una a su marido. Otra a su niño.

Al compadre y a la comadre. A su tía Güera, a Carolina. Al hijo de Carolina.

Y hasta al Jefe de Manzana.

Debo confesar que a veces nos juntamos con las amigas de Lupis los viernes para echar la copa, y mientras yo me chingo un „Presidente en las rocas“, ellas se ponen a preguntar sus curiosidades:

“¿Mi novio me va a dar el anillo antes de que acabe el año?” “¿Será que mi marido me sea fiel?”

“¿Algún día mi gordo se va a enterar de que Toñito no es su hijo?”

Y así y así y así...

He pagado la renta de un local para vender mis Biblias, mi Montblanc, las monerías de la Borrega y su felicidad.

Después de dos años y medio de partirme el lomo yendo de casa en casa, y de tener lo justo para vivir, me surgió una gran idea.

Una idea que haría crecer el changarro: un socio.

¡Un socio! -gritó la Borrega antes de escupir el pedazo de camelia que se estaba zampando.

Un socio -repetí con las comisuras de mis labios apuntando al Norte-.

¡Cómo eres imbécil, pero cómo eres imbécil Rafael!

¿Por qué?

Porqué, no sé, eso pregúntaselo a la Changa Bigotona.

Las comisuras de mis labios ahora apuntaban hacia el Sur.

¡Clara, te he dicho que no le digas así a mi madre! -le advertí ensanchando las fosas-.

En mi casa puedo decirle a esa changa bigotona, „Changa Bigotona“, „Cotorra memelera“ o como me dé mi regalada gana, por eso es mi casa.

No es tu casa, no olvides que es rentada.

Mierda, no importa. Desde que cago y meo todos los días aquí es mi casa y San Se-acabó.

Ok, pero quiero hablarte del soc...

Que no.

Pero...

No.

Piensa que Melchor o Baltazar, no recuerdo bien, dijo: “Enséñale a pescar a tu prójimo y Dios te dará peces, peces que luego se convertirán en vino”.

No fue Melchor ni Baltazar, imbécil, fue Jesús. Y no iba así el dicho.

¿Entonces?

Como haya sido, ya dije. ¡No!

Y así estuve intentando explicarle a mi mujer las ventajas de tener un socio. Pero ella seguía de negativa, exponiendo con argumentos científicos que la idea del socio era una completa barrabasada.

A ver, mi amorcito cachetón, ¿en tu iletrado bagaje cultural has oído hablar alguna vez de la lógica matemática?

¿Qué?

Lógica matemática. Es puro sentido común, intuición, es ese algo que te hace saber que si tienes una manzana y la divides entre dos, te toca m...

Media manzana.

Exacto, te toca media manzana. Y conociendo tu inmensa magnanimidad, por no decir pendejez, eres capaz de darle la manzana entera a tu mentado socio con tal de que éste no muera de inanición. ¿Y tu mujer?, bien gracias, ¡que se chingue!... Si ya te tengo bien calado.

Te juro que no va a suceder eso Borreguita, te lo juro.

...

Él es una buena persona, hasta me va a dar dinero para poner un local más grande.

¿Qué?

Que me va a dar dinero para poner un local más grande.

¿Un local más grande?

Sí

Ya tienes un socio.

Pues...

¿Tienes un socio Cachetes?

Es que...

¿Tienes o no un socio?

No te enojas, Borreguita.

Tienes un socio, ¿y no pensabas decírmelo?

Te lo estoy diciendo.

¡...!

...

*

Mi socio es Deivid.

Un pelirrojo enclenque hijo de abogados que nunca terminó la carrera de Derecho.

Los abogados no son de fiar, decía mi abuela: "No son de fiar, esos son drogadictos, se meten hasta hormigas con tal de andar tiesos. Y ya tiesos te marean con cuentos y una pierde su valor. Si son hijos de Satanás los muy cabrones".

La abuela había perdido su virginidad con un pasante de abogado en las vías del tren, a los 13 años. Y desde entonces los odió. Los odió tanto como a su apodo. La trece. Trece para aquí y trece para allá. Hasta el día en que murió.

*

Oye, pobre de la Trece ¿y de qué falleció?

No sé, creo que la mataron.

No, se ahogó con un bolillo.

A mí me dijo el lechero que tenía rabia.

Nel, se la dejaron caer.

Eso fue a sus 13 años.

No, no seas güey... la de abajo no, la pistola.

¡Ah!

Y dicen que fue el Marra.

¿El Marra?

Sí, su nieto, el abogado.

...

*

Pero Deivid parecía ser distinto.

Distinto a todos esos abogaduchos embaucadores lamesuelas de los que está atestado el universo.

Parecía ser eso que llaman “una buena persona”.

Deivid y yo nos conocimos en la parada del camión. Él estaba entregando tarjetitas para encontrar empleo que decían:

“Si estás buscando una mano que te ayude, esa puede ser la mía. Sólo tienes que llamar al tal-tal-tal y preguntar por Deivid Maicol Hernández. Servicio a domicilio o en cualquier establecimiento público o privado, menos cines”.

¿Menos cines?

Menos cines –respondió-, por el olor a palomitas. Es que no soporto el olor a palomitas. Cada vez que huelo palomitas, por alguna razón me desmayo. Es un defecto congénito.

¿...?

De nacimiento.

Me sentí identificado. Él también tenía un defecto, como yo.

¿Lo huesudo?

No, las piernas... que no me dejan de crecer. Gigantismo.

¡Ah!

Y así minuto a minuto nos fuimos enterando de nuestras intimidades. Al cabo de una hora, Deivid y yo ya éramos socios, pues como dijo Eclesiastés: "Mejores son dos que uno; porque si uno cae, el otro lo levanta; pero ¡pobre del solo!, que cuando caiga, ahí sí que nadie lo recogerá".

Bendito Dios, con los años y con Deivid, el negocio por fin estaba despegando.

Había temporadas buenas y temporadas malas, como todo en esta vida. Pero aún así, no podíamos quejarnos.

La renta de la casa y del changarro se pagaban al pie. A la MontBlanc nunca le falta tinta, ni a mi mujer sus idas al karaoke uno que otro domingo.

Y ahora hasta alcanzaba para el gasto de los tres.

Porque Deivid vivía con nosotros. No me pregunten cómo pasó, pero pasó.

Quizá sea que Deivid es el hijo que la vida nos sigue debiendo. O quizá es que después del cumpleaños número 40 de la Borrega nos resignamos a tener un hijote de 29, en lugar de un recién nacido.

Velo por el lado amable Borreguita, por lo menos nos ahorramos los pañales y la leche.

Pero yo quiero un hijo, me decía.

...

Un hijo tuyo y mío. Que tenga tus ojos y tu boca, y... y..., tus nalgas no. Pero con tus ojos y tu boca es suficiente... ¡Ah, y mi pelo!

Tu pelo.

¿Qué?, ¿por qué pones esa cara?

En verdad puedo contestar tu pregunta.

No, ahí déjala, ya conozco tus verdades y sé que no me gustan.

Está de más expresar que a la Borre le decían “la Borre” no por lo mansita, no.

Le decían la Borrega porque estaba más peluda que un puto carnero, tenía pelos hasta en las orejas.

Oye, ¿y si adoptamos un hijo?

¡No, pa qué lujos! con Deivid es suficiente. Si Dios nos mandó éste, por algo ha de ser.

Yo quiero uno.

Mujer de poca fe. En lugar de andar llorando, regocíjate estéril, tú que no das a luz; clama a tu Dios como Sara o Rebeca o alguna de esas que estaban podridas del vientre. Da gracias, nosotros tenemos a Deivid. ¿Cuántas no quisieran estar en tu lugar?

¿Por qué cada que digo algo serio me sales con tus pendejandas? ¡Ya estoy hasta la madre de tu palabrería, santurrón de mierda! ¡Vete a Asia a evangelizar negros y a mí déjame tranquila!

Y así estuvimos otro año discutiendo, hasta que por fin la Borre le fue agarrando cariño a nuestro hijo putativo.

Como toda madre, le daba sus Corn flakes por la mañana.

Por las tardes iban juntos a clases de mandarín.

Y había noches que la Borre velaba el sueño de mi bebote. Por fin teníamos la familia que siempre quisimos tener.

Ahora sólo nos faltaba una casota en la playa.

Cierto día, le pregunté a Deivid:

Deivid, ¿te acuerdas que dijiste que seríamos como el Quijote y Sancho Panza?

Ajá.

¿Y que haríamos cosas grandes en la vida?

Sí.

¿Y luego?

¿Quieres echarme a la calle?

No, no, cómo crees.

Deivid exhaló aliviado. Menos mal -pensó, porque no tendría a dónde ir-.

Es solo que me siento estancado, quizá sea la crisis del cinco.

¿La crisis del cinco?

Sí, te da de cinco años en cinco y ya a mis cuarenta he pasado por diez.

Las cuentas no me cuadraban.

Bueno once o... ¿siete? El punto es que quiero hacer algo grande de mi vida... pero no se me ocurre qué.

...

¡Rafa, Rafita, que coincidencia! Justo hoy quería hablarte de algo, algo realmente fructífero, jugoso, un pensamiento bien pero bien acá que se me vino a la mente, así nomás.

¿Así nomás?

Sí, así nomás.

“Debe ser otra tontería, como lo de las tarjetitas”, pensé.

¿Has oído hablar de los grupos de ayuda?

No.

Son unos lugares donde va gente que está orate, pero que tiene varo. Al menos el suficiente para pagarle a un pendejo que la escuche. Los orates platican su vida y el pendejo los aconseja.

Pues eso es más o menos lo que hago, ¿no? -intuí.

Sí, pero esto es en masa -explicó Deivid con una sonrisota, como si hubiera hecho el descubrimiento más grande del siglo-. Es como la doble A”, ¿me captas?

¿El lugar donde convierten borrachos?

Correcto, sólo que nosotros convertiremos almas.

¿Nosotros?

Sí, nosotros.

Yo no entendía bien las palabras de Deivid. ¿Acaso intenta deshacerse del negocio de las Biblias, que tantos años me ha costado levantar?

No nos desharemos de las Biblias, no, más bien las integraremos al changarro o viceversa. El punto aquí es crear una hermandad, una familia donde tú y yo, como cabezas, aconsejemos por una módica cantidad.

¿Una familia que cobra por dar consejos? Santo Cristo.

Una familia, punto. ¿Quién eres tú para juzgar los actos ajenos?-refutó Deivid, quien ya estaba aprendiendo más o menos cómo apendejar gente con la Sagrada Escritura.

Pues no me parece lo de la módica cantidad. Recuerda que la vida del hombre no consiste en la abundancia de sus bienes.

Sí, pero también recuerda que Dios dijo: Pide y se te dará. Además nadie habló de cobrar.

¿No?

Es sólo una cooperación, y no por la platicadita, no, sino por los chorros de papel de baño que se van a embarrar en el trasero. No les vamos a prohibir que caguen ¿verdad? O allá tú, pero yo dría que no.

¿...?

Además, piensa, la Borre no va a querer guisar de a gratis,

porque hay que ofrecerles que un budín, que unos cacahuates con chile, unas lunetas, algo en forma. Que se note nuestra hospitalidad.

Intenté enfocar la idea, y comenzó a cuadrarme.

Mira, hijo de Abraham -me dijo Deivid-, si aún así crees que estás pecando, lo cual yo te aseguro que no, el lunes tempranito, después de la reunión, vas te confiesas y tan tan.

Tenía razón, no había pensado en eso.

Y desde entonces, los domingos de karaoke de mi Borre pasaron del Arse" s Bar's a nuestra casa del Infonavit.

La primera sesión sólo logramos juntar tres personas. Para la segunda ya eran siete. Y después de cuatro meses, treinta. Incluyendo a Deivid, a la Borre y a mí.

Una mañana, después de sabrá Dios cuántos años de no hablarle a mi mama. Le marqué.

¡Ma!

¿Cómo estás, mhijo?

Ma.

¡Ay, mhijo, qué bueno que hablaste, ahorita precisamente te iba llamar! Me encontré a Tenchis por la mañana y dice que te vio de traje y toda la cosa en un carrito muy mono.

Sí mamá, acabo de comprar un Tsuru.

Bendito San Antonio, ya lleva tres años de cabeza y por fin nos hizo el milagrito.

¿Cuál?

Pues cuál otro, tu carro, tu tacuche, tu congregación, y todo, todo gracias a mis rezos.

... ¿No eras mormona? ...

¿Yo? No, ni lo mande Dios, no.

...

Oye hijo, ya que hablaste, aprovecho. Necesito que me prestes quince mil pesos.

¡Quince mil pesos?

Sí, es que estoy metida en un apuro.

La oportunista de mi madre había entrado a una tanda con sus vecinas un año antes. Fue la primera en recibir su dinero y pensó, tan colmilluda como era, que podía no volver a dar un quinto.

Así que se pasó un año saliéndole a sus vecinas con el cuento de: “Ya el próximo mes te paso la feria. Ya el próximo mes”.

Pero el pago nunca llegó a sus hogares.

Así que, para sorpresa de mi madre, las vecinas le habían puesto una denuncia.

¿Una denuncia? ¿Cómo haces eso, madre?

Si ya sé, me apendejé, debí haberme ido de la vecindad.

...

...

¿Cuánto debes?

Veinticuatro de los grandes.

¿Tanto?

Eran dos mil por mes.

Lo siento, madre, pero no tengo esa cantidad. Todo está invertido.

¿Invertido?

Sí

...

Pero de todas formas quiero que vengas el domingo a la comunidad, quiero que me veas, me sale re-bien eso de hablar en público. Me aplauden. No son muchos pero suenan como banda de guerra. Te vas a sentir orgullosa de mí.

No me escuchaste, necesito el dinero.

No tengo, de verdad.

Me van a llevar presa.

No te van a llevar presa.

Me van a llevar presa.

No te pueden llevar presa. ¿Les firmaste algo?

No.

¿Lo ves? No tienen cómo comprobar que te chingaste la lana.

Te digo que me van a llevar presa.

¡Que no!

Si no me vas a dar los quince mil pesos, entonces olvídate que tienes madre.

¿Por qué?

Todavía preguntas, demonio. Te están ardiendo las patas. Mmm, pero vas a venir el domingo al grupo, ¿verdad?

¡No! Tengo cosas más importantes que hacer, como para gastar mi tiempo en tí, mal nacido...

¿Cuáles?

Mi masaje de pies.

¿Tu masaje de pies?

Sí, mi masaje de pies.

Eso no es importante.

Para una persona que no trae las patas negras como aceitunas por la diabetes, supongo que no es importante.

Había olvidado la enfermedad de mi madre así como olvidé felicitarla el 10 de mayo y sus cumpleaños anteriores y la Navidad. Quizá el Día de Muertos de hace tres años le marqué para saber si seguía viva o ponía un tamal extra en mi altarcito, pero cómo recordarlo a estas alturas.

Mira, pedazo de grasa, si no me vas a dar el dinero, me mato.

¿Cómo?

Aún no lo sé, pero me mato.

¿Por qué?

Por tu culpa, imbécil.

¡Mi culpa?

Sí, por tu culpa, candil de la calle.

...

Mi madre esperó cuatro segundos y volvió a preguntar:

¿Entonces qué? ¿Me vas a dar el dinero?

No.

¡Acabas de cavar mi tumba, Satanás! -dijo mi viejita y se dispuso a colgar.

¡Ma, te organicé una fiesta de cumpleaños, sorpresa! -grité pegado a la bocina.

Qué dijiste.

Que te organicé una fiesta de cumpleaños, sorpresa.

¡Niño pendejo, arruinaste la sorpresa!

Ma tienes que ir, fue idea de nuestros agremiados de Mereces ser feliz, dicen que quieren conocerte...

¿Mereces ser feliz?

Sí, Mereces ser feliz, así se llama mi congregación.

Eres un pedacero, muerto de hambre, si ya decía yo que no marcaste para saber cómo estaba, no. Marcaste por que quieres hacerme la mentada fiesta para quedar bien, para lucirte con tu gentuza y hacerles creer que te preocupas por tu madre. ¡Ja, y yo todavía rezándole a San Antonio por ti, roedor de mierda!

No, mamá, no digas eso.

Deja de estar chingando con esa voz de maricón recién cogido y no vuelvas a llamar... Nunca.

...

Mamá... mamá... -repetía por el auricular- ... ¡Mamá!

... Una y otra vez...

¡Mamá!

... pero ella ya había colgado.

*

Esa fue la última vez que hablé con mi madre, porque el domingo siguiente, después de la reunión, me avisaron que había muerto.

Yo siempre creí que fue un suicidio.

Y era verdad.

Mi madre, cuentan, iba recargada en la puerta delantera de un autobús mirando el asfalto por la pequeña ventanilla, como quien mira a un recién nacido o un montón de monedas de oro. Cuando el chofer abrió la puerta, ella se lanzó al pavimento.

No sé cuántos carros le pasaron encima. Lo que sí es seguro es que, mínimo, mínimo, la Suburban que iba al lado la aplastó.

Y después de aplastarla siguió su camino.

...

Es triste ver cómo se va la gente que amas.

Pero más triste es saber que tu madre, hasta muerta, convierte días felices en desgracias.

*

Después de la pérdida de mi madre algo cambió.

Quizá fue la culpa, el remordimiento, o simplemente me di cuenta que los instantes, toda clase de instantes, deben vivirse a plenitud.

Y entonces entendí que todo lo que el universo nos brinda, todo debe devolverse.

Así que, a partir de ese momento, iba todos los sábados hasta a Ticuautipan en mi Tsuru a predicar.

Regresaba los domingos derecho a la reunión.

Y en la noche, a empaquetar ropa y latas de atún con chícharo que los vecinos y los miembros de Mereces ser feliz donaban.

Deivid y la Borrega, por su parte, iban a Zongolica uno o dos días por semana a llevar todo lo donado por la congregación y unas cuantas Biblias a los niños hambreados de la Sierra.

Bueno, casi todo, porque de repente una que otra cosita se les iba pegando. Pero eso yo aún no lo sabía.

Cierta noche venía en mi Tsuru de regreso a casa.

Venía contemplando la ciudad a través de los cristales cuando de pronto vi la silueta de una mujer.

Una mujer haciéndola de estatua en medio del asfalto.

La vi con la misma pena con que se mira a los mendigos y recordé que de actor no tuve nada, y recordé mi mundo volteado de cabeza.

Al recordarlo, la culera de mi madre se coló entre las estrellas y ahí, entre las estrellas, la oí decir como aquel día:

Mi plaza se la di a tu primo.

¿Mi primo?

Sí, al Marra.

“¡Vieja culera!”, pensé y una sonrisa tímida alumbró mi rostro.

“Dios tiene que tener trazados los caminos de sus hombres”, me dije. “Sobre todo de los que tienen fe. Mucha fe”.

Y viendo el rojo de la noche iluminada, me sintí bendecido, porque hoy tenía la certeza de que Dios no me había abandonado jamás.

¿Qué más puedo pedir?

Lo tengo todo. Tengo el calor de la Borrega, tengo a mi socio Deivid, en quien vuelco todo ese amor que le sigo debiendo a un chamaco cagón. Tengo mis Biblias, mi carrito, mi MontBlanc, a mi Dios... y dinero, el dinero que no da la felicidad pero cómo saca de apuros.

Y así, reflexionando sobre mi vida, recordé que sí faltaba algo. Algo muy importante. Algo absolutamente necesario. Mi mayor sueño en la vida después que no pegó lo de la actuación:

¡Una casa en la playa!

¿Una casa en la playa?

Sí, Borrega.

¿Para qué quieres la mentada casa en la playa?

Para envejecer, ¿recuerdas?

Para envejecer.

Le había marcado a mi mujer mientras esperaba el siga del semáforo para decirle:

Borre, no me esperes a dormir, me voy ahorita mismo a Costa Esmeralda a buscar nuestra casota.

¿Manejando?

Sí.

¿Estás idiota? Llevas en el carro las donaciones que mañana voy a llevar con Deivid a Zongolica.

Regreso temprano.

Nel, ni madres, regre...

En ese momento el semáforo se puso en verde y una patrulla me cerró. Tres policías encapuchados y con cuernos de chivo me bajaron del auto.

¡Ey! ¿Qué pasa? -gritaba la Borrega por el auricular-. ¿Qué mierdas pasa?

Pero el celular ya estaba en el piso bajo el asiento del Tsuru, y yo en manos de aquellos hombres.

Mientras uno me sostenía de la nuca y me azotaba contra el pavimento, los otros dos revisaban el automóvil.

¿Dónde está la droga? -preguntaba un negro de 90 kilos, con las manos bien plantadas en mi cuello. ¿Dónde está la droga?

¿Cuál droga? -respondi casi chillando..

No te hagas, güerito. Dinos dónde está o te va cargar la verga.

No sé de qué habla, se lo juro.

Te lo voy a preguntar, una vez más... ¡¿Dónde está la droga?

! No sé. De verdad, no sé.

Mire jefe, el que no sabe... -dijo uno de los polis sosteniendo un paquete de polvo blanco enrollado en cinta canela.

Habían sacado las diez cajas de huevo repletas de latas de comida y ropa de bebé que al día siguiente llevaría mi Borrega, junto con mi hijo, a Zongolica. Las despedazaron.

Al fondo de las cajas, dentro de los sacos de azúcar, sal, arroz, y entre algunas latas de atún y biberones, hallaron dos kilos de cocaína pura en paquetes de cien gramos.

Así que ahora, yo el fundador de Mereces ser feliz, el hombre que soñaba con ser predicador, hacer el bien y tener una casa en la playa... fui a dar al tambo.

Después de dos días de estar en prisión, la Borrega fue a visitarme.

Hola.

Yo no hice nada, te lo juro Borrega, yo no hice nada -le decía con la cara enrojecida, el ojo izquierdo reventado y los labios temblorosos-. Yo no hice nada.

Sí, lo sé -profirió entre dientes mi velluda esposa-. Gracias, por creerme Borreguita.

No, no me des las gracias cachetes.

Borre, dicen que fue Deivid, lo anda buscando la tira, tiene que venir y declarar. Esto es un error...

Me lleva la verga, le dije que debía ser más cuidadoso y no andar de fanfarrón contándole a sus amigotes.

¿Qué?

¿De qué?

¿Qué dijiste?

Que debía ser más cuidadoso y no...

¡Lo sabías!

Por supuesto.

Y entonces pelé los ojos. Bueno, uno, porque el otro me había quedado inservible. ¡Es que no podía creerlo! ¿Deivid y la Borrega llevando droga a los niños de la sierra?

¡No! ¿Cómo crees? ¡No! -exclamó la Borre, atónita- ¿Irnos a ensuciar las patas a esos lugares?, no.

- ...

Los llevamos aquí a Banderilla, con un compa de Deivid, y ya él distribuye el polvo y pone su tienda de garaje con los usados que nos donan... Nos paga más o menos. Con lo de la coca nos va mejor... pero no te creas, tampoco es tanto. Te lo juro.

Golpeé al cristal de la ventana que nos dividía e inhalé tratando de contener mi rabia.

No te pongas así -me decía tan cínica-. No te pongas así, escogimos un hijo bruto, pero ni modo; esos fueron los designios de Dios nuestro Señor.

Les quedan dos minutos -gritó un guardia-.

Rafael, estoy aquí porque tengo algo muy importante que decirte.

¿Qué?

Estoy embarazada.

¿Embarazada?

Sí.

¡Era la mejor noticia que había recibido en las últimas 24 horas!

¡Voy a ser papá! ¡Después de tantos años, voy a ser papá! ¡Dios nos hizo el milagro! ¡Alabado sea el señor!

Más o menos.

¿Más o menos?

¿Te acuerdas que a Deivid lo querías como a un hijo? Sí.

Pues vas a ser abuelo.

¿Qué?

Que vas a ser abuelo, Deivid es el padre de mi niño.

De pronto sentí un cubo de hielo golpeando mi cabeza. La Borrega me había traicionado. Y ahora estoy en la cárcel por culpa de aquel baquetón que mantuve como a un hijo, y por si esto fuera poco, ése infeliz me bajó a mi mujer; y el ojo que no me para de sangrar. Pero aún me queda algo.

Mi Tsuru.

¿...?

¿Dónde está mi Tsuru?

Lo decomisaron.

¿Y mi MontBlanc, la casa, ... mis Biblias?

Lo tuve que vender para comprar pasaportes y boletos de avión.

¿Pasaportes y boletos de avión?

Bueno, sobró un poco, muy poco ¡eh! Pero comprenderás que en mi estado necesito un guardadito.

¿Te vas?

Sí.

¿A dónde?

No te puedo decir, no te ofendas.

Ni que fuera a correr detrás de ustedes.

Sí, ya sé que no, pero tenemos que ser sigilosos. Capaz que la policía agarra a Deivid huyendo y luego quién nos cuida a mí y a mi chamaco.

¡Se acabó la visita! -gritó nuevamente el guardia-.

La Borrega pegó la mano al cristal del cubículo, como un acto de despedida.

Pero yo no quería despedirme, quería reventarle los huesos, desplumarla como a un pollo, sacarle el chamaco a patadas y de paso hacerle mierda ese hoyo que tiene por vagina para que no volviera a andar de puta .

Debí haberlo hecho. Pero no. No pude.

Así que pegué mi mano al cristal, a la misma distancia que esa golfa. Qué más daba a estas alturas que fuera peor que María Magdalena, yo la llevaba ingenuamente, bien clavada a mi pulmón, y contra eso, ni Dios mismo podía hacer algo.

Todavía podemos arreglarlo, le dije como opción

...

Puedo ser el padre de tu hijo.

¿Quieres a un convicto para padre de mi hijo?

No...

¿Entonces?

Hiciste una promesa.

¿Una promesa? Sí.

¿Cuándo?

El día en que nos casamos... "Prometo estar contigo en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la miseria, hasta que la muerte nos separe".

Ah,. ¿Y?

Eso te pregunto yo, ¿y

¿Qué con eso?

¿Con qué?

Con lo que prometiste. No se debe romper una promesa.

No, si no la rompí, porque el papelito no incluía la cárcel.

...

La Borre deslizó la mano lentamente por el vidrio, bajó la mirada y se fue.

*

Rafael Arturo García.

¿Qué?

La ropa.

¿La ropa?

Quítese la ropa.

...

Toda.

¿Puedo quedarme con la tru...?

Toda.

- ...

El librito también.

Es una Biblia.

También.

Me habían trasladado a una prisión a orillas de Playa Muñecos.

Más de mil reos hospedados en aquel sitio, durmiendo de 15 a 20 por cada diminuta celda, repleta de polvo, con cucarachas y tipos mal encarados.

“¿Asesino, violador o funcionario?”, me preguntó uno de ellos.

Ninguna –respondí–.

¿Entonces?

Tráfico de drogas, pero no es verdad.

Eso decimos todos cuando nos carga el payaso.

- ...

Soy Gerardo, pero puedes llamarme Chocho.

Mucho gusto. Rafael.

¿Qué es eso?

Mi nombre.

No, eso.

¿Qué cosa?

Lo que traes entre las manos.

Una Biblia.

¿Una Biblia?

Sí, de bolsillo -había logrado, de algún modo, colarme con la Biblia a los separos-.

Así que católico.

Ajá.

¿Hombre de fe?

Sí.

Católico y con fe...

Sí.

Para mí que tú eres satánico.

No, soy católico.

No, tú eres adorador del Diablo.

Te juro que no.

Si fueras católico no estarías jurando.

Pero...

¿Sabes qué le pasa aquí a los que adoran al de abajo?

No.

Les leemos un rosario.

Hacen bien.

Sí, muy bien. Les leemos un rosario... pero a putazos.

En ese instante escuché al Chocho lanzar un chillido y quince segundos después ya estaba yo en medio de la celda, con varios tipos a mí alrededor empujándome de un lado a otro.

¡Ave María purísima! -gritó uno-.

¡Ave María Purísima! Otro.

¡Ave María Purísima!

Y al tercer "Ave María Purísima", una masa de hombres se abalanzó contra mí y no recuerdo más.

*

Cuando reaccioné, estaba tirado en la esquina de la celda, con las costillas rotas, los dedos de pies y manos hechos polvo.

Me habían pateado tan fuerte que mi inservible ojo, ahora sí inservible por completo, era lo de menos.

Cuidado con la lengua Rafita, mucho cuidado. No tienes ganas de saber qué le pasa a los rajones ¿o sí? -me preguntó el Chocho mientras jalaba una bachita-.No. Ni madres –contesté una y otra vez, moviendo mi dedito-. ¡NO!

*

Después de eso, el Chocho se sentó junto a mí y comenzó a curar las heridas que él mismo me había hecho.

Mis pies estaban negros y agujereados. De ellos fluía sangre y colgaban pedacitos de carne.

Jálale, te hará bien -me decía-. Jálale.

Jalé del porro, y mientras más jalaba el dolor se iba acortando.

No podía creerlo, el mismo que minutos atrás me había reventado las extremidades, ahora cuidaba de mí.

“Así de incierta es la vida aquí en la cárcel. Así de incierta”, reflexionaba embriagado en mariguana...

Así de incierta.

*

Los siguientes siete días estuve en el hospital y pase casi dos meses sin pronunciar una sola palabra.

Me habían sentenciado a quince años de prisión.

Nunca se supo de nadie en esa cárcel que al mes de haber ingresado, ya tuviera la sentencia.

“Eres un caso único me decían”.

Y yo me sentía especial.

Aunque mi pie derecho parecía una bolsa negra revetando, llena de carne putrefacta.

Peo pensaba ¿Ya que más puede pasar?

“Tenemos que amputarle la pierna”, señaló una enana disfrazada de doctora el día que fui a revision.

¿Por qué? -exclamé deconcertado-.

¿Qué no ve? ... bueno, con un ojo no, pero con el otro sí que ve.

Sólo está un poco negrito mi pie, todo lo demás es carne buena.

Por ahora, pero después... uno nunca sabe, es mejor prevenir, así que cortaremos su pierna arriba de la rodilla.

¿Y podré caminar? – le pregunté-.

Si ya no tiene pierna, yo creo que no.

Con prótesis.

Ja. No, no, no. Si el corte fuera debajo de la rodilla, tal vez, pero arriba de la rodilla, no... Además son carísimas, y en la cárcel... ja no... Pero podrá usar muletas, si le practica.

Menos mal.

*

El día de la operación nadie fue a verme, ni después.

De aquellas decenas de hombres que juraron lealtad ante este siervo del Señor, no quedaba nadie.

Nadie.

... a excepción de Lupis, a quien creí ver a lo lejos un día de visita. Pero no me consta.

Así que... volviendo a la celda, con mi muñón colgando, fui por la Biblia, la tomé, puse las manos sobre ella e hice una pregunta:

Señor ¿verdad que ya no habrá más sufrimiento para mí?

Abrí el libro y leí la respuesta:

"Hablas como una tonta cualquiera. Si aceptas de Dios lo bueno ¿por qué no aceptas también lo malo, hijo de Satanás?"

Desde ese día preferí no volver a preguntar, la esperanza era lo único que me quedaba y nada, ni la Biblia misma, me haría dudar de que pronto estos días de oscuridad terminarían.

Nada.

*

Pero no pasó mucho tiempo para que Dios me pusiera a prueba nuevamente.

Estaba sentado, cantando unos salmos en el taller de carpintería cuando el Chocho se acercó a mí.

"Si el espíritu de Dios se mueve en mí, yo canto..."

¡Ey, maricón! ¡Cierra el hocico!

"... yo canto, yo canto, yo canto..."

¡Que cierres el hocico!

"... si el espíritu..."

¿Qué, no escuchaste?

Y con toda mi rabia y mi fe contenidas, le grité.

¡Vete a la mierda! ¡Vete a la mierda!

¿Qué dijiste?!

¡Que te vayas a la mierda!

¡Ya la cagaste satánico de quinta, ya la cagaste!

Remangué mi camisa, apreté el puño, me acerqué de brinquitos al Chocho y le lancé un golpe directo a la mandíbula. No volverían a burlarse de mí.

¡El gigantón ñengo idiota que nadie respeta había muerto!

Bueno, eso creía, porque cinco segundos después ya estaba en el suelo, con el Chocho encima de mí.

Después, me arrastraron entre siete a una covacha llena de maquinaria vieja.

Entre esos siete estaba el Marra, mi primo, el abogado. Lo acababan de encarcelar por fraude genérico.

No me sorprendió, "los abogados son unos hijos de puta", decía mi abuela.

Y era cierto.

El Marra me ató las manos.

Otro la pierna y mi muñón.

Un tercero sujetó mis muñecas a una polea y comenzó a tirar.

El hombre jalaba una y otra vez.

Una y otra vez.

Jamás debieron recibirme los pechos de mi madre para que mamara. Ni sus brazos para guarecer en ellos. Así hoy estaría muerto, reposando, dormido, en paz.

¡Los caminos del señor son misteriosos! Yo era un gran predicador y ahora solo parecía una piñata ahí colgado.

¡Anda, sigue sonriendo puto! -me gritaba el Chocho-. Sigue sonriendo si aún te quedan ganas, porque ahora vas a saber lo que es amar a Dios en tierra ajena.

No comprendo Señor, porqué me has abandonado. ¿Por qué das vida al hombre que no sabe adónde ir?

Me bajaron los pantalones e introdujeron un tubo en mi trasero. Lo sacaron.

Y de ahí vinieron ellos... uno...

y otro... y otro...

y otro más.

He sido tu esclavo, el mejor de tus siervos, ¿y así me pagas?

Podía sentir el aliento de todos irritando mis orejas, sus manos escaldadas sujetas a mi cuerpo.

Mis gemidos hoy corren como el agua.

¿Todavía perseveras en tu fe? ¡Maldice a tu Dios y muérete, putito! -gritó uno de ellos-.

*

Entonces cerré mi único ojo y me concentré en el mar.

Aquel mar que se hallaba a unos cuantos metros de este infierno.

Y pude oír su furia golpeando los 150 metros de barda que nos dividían.

Y pude oír el sonido de las olas.

Y sentir la sal en los labios.

Estaba tranquilo.

Nadie podía irrumpir mis pensamientos, esos eran solo míos.

Míos, míos.

*

Vámonos -dijo el Chocho a los otros después de haber terminado conmigo-. Vámonos.

Y se fueron.

En ningún momento intenté pedir ayuda.

Podía gritar lo que fuera y nadie oiría.

A la gente le importa un bledo el destino de los otros, y no los culpo, porque tampoco creo que deba importarles.

Cada uno encuentra su lugar en la vida.

“Y cada uno lo encuentra en sitios tan distintos y de formas tan diversas”, pensé mientras me miraba las líneas de las manos y entendía que ni siquiera entre ellas son iguales.

Como pude, me subí los pantalones, del bolsillo saqué mi Biblia y la abracé. Hubiera querido que fuera la Borrega, mi madre o hasta Deivid.

Pero esto era lo único que tenía.

Intenté salir de allí. Pero no pude.

Mi cuerpo ya no daba para más.

Y ahí supe que todo había acabado.

Mi carne está cubierta de gusanos y de costras.

Mi piel arrugada, se deshace.

Me han tocado meses de decepción.

Estoy listo, listo para enterrarme en el polvo y cuando me busques ya no existiré.

Quitaste tus ojos de mí, pero yo jamás dejé de verte. Jamás.

*

De pronto, un hombre de alas de papel abre la puerta.

Parado frente a mí, abre la puerta.

Me pongo en pie y corro. ¡Corro, corro!

Sin sentir dolor alguno, corro.

Atravieso un pasillo largo.

Y al cruzar el pasillo, me descubro entre la arena.

El agua moja mis pies.

“Es tan bello ver el mar de noche”, pienso.

Y me adentro en sus olas.

Y mientras voy.

Recuerdo aquellos ojos negros que nunca volví a ver; los de mi borrega.

Y pienso en los hijos que no tuve; y escucho sus risas.

Me imagino en mi casa.

Esa casa en la playa que tanto soñé. Y me siento tranquilo.

En paz.

Ya enterré el pico.

Hoy por fin estoy volando. Vuelo. Vuelo lejos.

La vida debe estar en otra parte, me repito.

En otra parte.

Muy, muy lejos de aquí.

